

DESCONCIERTOS EN UN JARDÍN TROPICAL

María Amoretti Hurtado

Poeta, crítica literaria, estudiosa de las manifestaciones populares en la literatura e investigadora de la historiografía literaria de América Central, Magda Zavala no necesita mayores presentaciones en el medio académico centroamericano; no obstante, con *Desconciertos en un jardín tropical*, esta escritora costarricense nos abre un nuevo filón de su incansable labor. Se trata, esta vez, de su primera incursión en el género novelístico: incursión, por cierto, nada desproblematizada, como ya se verá.

El relato se ubica a inicios de la llamada "década perdida", la década de los ochenta, que tanto la autora como muchos de sus eventuales lectores han vivido; por eso mismo se trata de un libro muy comprometedor para ambos, escritora y lectores, frente al cual no es posible asumir una distancia válida.

La historia tiene como protagonista a los jóvenes universitarios de aquel momento y su conflictiva toma de posición respecto de la convulsa circunstancia histórica, social y política que viven y cuyo mejor descriptor entonces y ahora sigue siendo el concepto de "crisis".

Pero decimos mal cuando hablamos de historia en este relato, ya que "sensu strictu" allí no sucede nada o muy poco, si por "historia" entendemos la noción convencional de diégesis, argumento o intriga. Lo que presenciarnos en este libro de Magda Zavala es el acontecimiento discursivo de un mundo heteroglosico que no encuentra los modos de representarse a sí mismo la coyuntura histórica que vive y sus causas. La desconcertada mirada estudiantil universitaria analiza el panorama centroamericano desde ese jardín tropical llamado Costa Rica, por lo que se entra implícitamente en una dura revisión crítica de los modelos políticos, de las utopías y de la costerri-queñidad como discursos válidos o como instrumentos focalizadores que puedan traer la lucidez que todo momento de crisis necesita.

Obviamente que el balance es muy negativo. Es precisamente del cotejo entre los esquemas y la realidad que surge no sólo por el desconcierto, sino también el comienzo del desencanto. Así, la mentada diferencia entre ese jardín y los otros, no parece ser más que una ficción o un asunto de tiempo.

Entre el grupo de jóvenes se destacan dos figuras: Bernal, el escritor voluntariamente inédito, volcado auténtica y vitalmente hacia un compromiso colectivo y político sin concesiones, que lo lleva a la demencia; y María Odessa quien, sin carecer de sensibilidad política y colectiva, es capaz de asumir también un proyecto personal en el que el afecto tiene cabida.

Quizá el aspecto más destacable en esta obra es la oralidad. Esta es una novela no para ser leída, sino para ser escuchada. El oído es el órgano privilegiado al que ese texto provoca.

Por el oído entra el lenguaje, la música, la seducción, el ritmo de este texto. Todo el libro es una torre babilónica de registros y un esfuerzo por adecuar la literatura a la fenomenología del oído y del hablar cotidiano. El habla de los jóvenes ocupa el centro, la novela acaba cuando termina la vida universitaria de ellos.

El joven es el sujeto mismo de la enunciación, es quien habla. El mundo de la escucha se traduce en los ritmos y ruidos juveniles, del habla del "pretil", de la calle y de la soda.

En este sentido es un libro diferente, casi subversivo, como su protagonista Bernal Díaz, cuyos escritos jamás llegan a lo impreso. La relevancia de lo oral corresponde allí a esa especie de protesta o disconformidad ideológica y literaria.

Lo oral, al estar vinculado con la fugacidad del sonido y la inmediatez contextual, produce siempre una especie de fragmentarismo, de cosa alcatatoria, elíptica y hasta contradictoria, de ahí también el "desconcierto".

La lengua es heterogénea, llena de impurezas lingüísticas, expresiones extranjeras, registros publicitarios, periódicos, citas de pensadores clásicos, onomatopeyas y, sobre todo, el ritmo juvenil del pachuco estudiantil, aunque ilustrado.

En uno de los epígrafes precisamente se señala la importancia del lenguaje popular y su infiltración en algunos géneros literarios. Se trata de una cita de Bajtín, quien ha causado una verdadera revolución en el planteamiento tradicional de los géneros en literatura. Pero esta novela se autocuestiona como género. Los personajes mismos discuten constantemente acerca de la indiscernible forma de los escritos de Bernal.

Habría que relacionar esa cita con la otra que aparece en misma página, la caracterización que Unamuno hace acerca de la novela como género anticanónico:

Si como dice Bajtín, la novela "es un género que busca eternamente, que se está investigando eternamente a sí mismo y siempre está reconsiderando todas sus formas establecidas", esta novela representa paradigmáticamente ese esfuerzo por "novelizar" los géneros, por lograr que estos lleguen a esa "zona de contacto con la realidad inacabada". De ahí el sentido de la advertencia de la autora cuando se declara mediadora entre la ficción y la realidad. En ese sentido, el libro de Magda Zavala es doblemente subversivo, ¿es una novela, novela o antinovela?

Es un texto que exige una cierta forma de consumo, para la que hay que entrenarse, pues se enfrenta a una larga tradición escritural; pero es al mismo tiempo un texto que plantea una interpretación filosófica de la realidad: como caos y apertura al mismo tiempo. Desde un punto de vista sociocrítico, la novela plantea la revisión genérica de sus propias formas porque intenta darle coherencia al caos de la vida cotidiana que viven esos jóvenes de los 80, caos que no logra encontrar forma y de ahí que la misma novela se presenta como "desconcierto", extraviada según los cánones tradicionales de sus categorías.

Como ya se dijo, este desconcierto lo será no sólo para los personajes, sino muy presumiblemente para los eventuales lectores, pues la estructura dialógica invade no sólo la estructura comunicativa del enunciado interior del texto, sino también la relación del texto y su forma de dirigirse al presunto lector, a quien, además, se le insinúa honestamente la soberana libertad de leerlo o no leerlo.

La propuesta genérica allí implicada perturba sobre todo a la opinión pública o estandarizada que circula acerca de lo literario y, muy especialmente, acerca de lo que piensa comúnmente acerca de la novela.

La envoltura del libro tiene abundantes protocolos de apertura; llaman la atención la portada, los epígrafes, la dedicatoria, la advertencia de la autora, etc. Esa capa protocolar manifiesta una conciencia muy clara del oficio, no sólo desde el punto de vista de las técnicas formales, sino sobre todo de una noción de la literatura que aliena de manera bastante explícita los principios de la escritura. Hay una serie de juegos metaficcionales que se proponen, porque los mismos personajes están constantemente haciendo crítica literaria y hasta teoría de la literatura, a propósito de los escritos de Bernal. En la cita que la autora hace de Bajtín se menciona el carnaval y la plaza pública, ambos son espacios de lo irreverente y de la inversión social.

Pero hay dos tonalidades posibles para llevar eso a cabo: la sátira y la parodia. En el caso de esta novela la más destacada es la parodia. Lo anterior no quiere decir que el texto no sea también satírico, pero lo más novedoso es el juego de remedos discursivos. Esta capacidad parodiaria requiere de un amplio conocimiento de las formas retóricas y los cánones tradicionales, experiencia que es muy plausible en un escritor en el que se conjuga, además, el saber académico. No obstante, su texto logra conservar toda la vitalidad del habla evitando reducirla a una mera mimesis de lo acústico. Se mantiene en una especie de zona fronteriza.

El babelismo del texto, por otra parte, impide cualquier totalización. El proceso mediante el cual los personajes adquieren una forma de diálogo, a través de una constante redefinición proporcionada por la interacción del diálogo y la polémica "enmendándose mutuamente la plana". Lo polémico entra precisamente por la tonalidad, por el ritmo diferenciado y esta diferenciación es polémica porque cada tono o ritmo alberga una valoración distinta de la realidad y una forma ética distinta, una forma diferente de relacionarse con los valores.

Una de las grandes cuestiones de ese intercambio polémico, como ya se ha dicho, es la cuestión de la identidad nacional, la costarrriqueñidad; la forma en que cada personaje se sitúa frente a ella indica una forma diferente de relacionarse con los valores por ella implicados.

No se trata entonces únicamente de la polémica entre los diferentes puntos de vista de los personajes sino también de un diálogo polémico entre la comunidad y la heteroglosia de sus voces con el contexto histórico que vive. En ese intercambio de voces se revisa la cuestión identitaria y se la amplía mostrando sus inadecuaciones en el sujeto cultural. La cultura, como dice Bajtin, es siempre zona de fronteras. Simplificando un poco la orquestación coral de las múltiples voces que nos hablan en el texto, se puede afirmar que se da un enfrentamiento a la oficialidad de la llamada "opinión pública" y se la desmitifica en sus dos versiones: la institucionalizada a través de los media y los partidos políticos; y la no institucionalizada, es decir, el rumor social que podemos escuchar en los buses, en las calles o en la casa, el cual se nos presenta también como una entidad vaga llena de contradicciones. Así, el texto ofrece un retrato de la cultura más denso y participativo de declaraciones y signos activos pero complicados. Hay no obstante, una empatía por la perspectiva marginalizada a través de aquellos que no quieren negociar con los dueños de la cultura, como también a través de aquellos que viven en el margen no sólo cultural, sino también social, como es el caso de Chico Martínez y de Jimmy.

La relación de la literatura con la cultura y su horizonte ideológico es uno de los temas principales del texto. La cultura, la identi-

dad, pero también las utopías políticas del momento, se leen aquí a varias voces dentro de una variedad idiomática construida sobre un subsuelo de germanía, o de macarronería. Esa lengua barroca periférica, normalmente marginada de los textos históricos monumentalizados es el personaje principal de esta novela.